

Cuentos con brujas

Graciela Beatriz Cabal

Ilustraciones de Sandra Lavandeira

loqueleg

*A mis amigas del alma,
que son un poquitito brujas*

¿BRUJA YO?
USTED ME OFENDE

A mí las brujas me gustan una barbaridad, qué quieren que les diga.

Cuando era chica, también me gustaban. Y me daban miedo. (Más miedo sentía, más me gustaban. Como la montaña rusa o el sótano de mis abuelos.)

Muchos cuentos de brujas tenía en mi casa: me los había regalado un tío loco que, a Dios gracias, nunca me faltó en la vida. (Mis padres siempre se habían negado a regalarme cuentos de brujas. “Para no echar leña al fuego” decía mi tía la soltera, que era un poquito envidiosa.)

Yo leía los cuentos en la cocina —lugar que, como todo el mundo sabe, es el favorito de las brujas—, sentada en el banquito alto, bien cerca de mi mamá, que iba y venía entre sus cacerolas y sus sartenes.

Era cuestión de que yo me pusiera a leer, y ahí empezaban a aparecérseme ELLAS: primero como quien no quiere la cosa, deslizándose a través de las rendijas, dejándose caer desde las telarañas del techo,

asomando tímidamente sus cabecitas por los tarros destapados o los agujeros de la rejilla.

Pero después... ¡Después no quedaba grieta ni rincón ni recoveco de los que no salieran, a montones y del bracete, invadiéndolo todo con sus cuchicheos y sus risitas chillonas, hundiendo las narices puntudas en la olla del puchero, curioseando aquí, toqueteando allá, y hasta convirtiendo la sal en azúcar y el vino en vinagre, si estaban de humor!

Yo miraba sin abrir la boca. Porque todavía el miedo era sólo una cosquilla que me hacía revolver en el banquito y nada más.

Pero cuando algo semejante a un soplo helado parecía subirme por la espalda y ELLAS empezaban a codearse y me miraban fijo y me hacían morisqueatas... ahí yo no aguantaba y decía:

—Mamáaaa...

¡Santo remedio! ¡Había que verlas a las muy zorras, chocándose unas con otras, tropezándose para llegar rápido a sus escondites, abandonando en la corrida sus paragüitas floreados y hasta sus gatos negros, esas miniaturas!

Es que, ya se sabe: no existe bruja capaz de animársele a una madre (ni qué decir si la madre va escudada tras su tapa de cacerola y blande animosa su cucharón).

—¿Qué pasa, nena? —preguntaba mi mamá.

—Nada —contestaba yo mirando la cocina limpita de brujas.

Porque hay cosas difíciles de hacerles entender a las personas grandes ¿no?



Ahora resulta que yo soy una persona grande. Y tengo mi casa llena de brujas de todo color y tamaño.

Mientras escribo, las estoy viendo.

Justito arriba de la mesa, suspendida de la araña de caireles, mi preferida, con su vestido violeta, su sombrilla, sus calzones de encaje.

Junto a ella, la elegantísima Viuda Negra —que no es mía sino de una de mis hijas, pero mi hija es buena y me la presta—, envuelta en tules con brillos y montada en escoba dorada.

Arriba del piano hay siete. La más alta tiene cara de viejita amorosa, de ésas que todas las noches alimentan a los gatos del vecindario. Pero yo no sé... no me confío, porque con las brujas nunca se sabe. (Tampoco con las viejitas amorosas.)

La más petisa es, debo reconocerlo, verdaderamente repugnante, y mucho me temo sea la responsable de haberle amargado la vida a Blancanieves. Si no, ¿qué hace esa brujita con una manzana a medio comer en la mano? ¿No era que las brujas odiaban las manzanas, eh?

Aunque mejor me callo.

Porque ocurre que con tanta bruja —y enanitos y ángeles con ojos de vidrio y muñecas que hablan y cacatúas imperiales— en el barrio de San Cristóbal han comenzado las murmuraciones y los chismorreos.

Pero eso que dicen de mí... de que me han visto por..., de que el Oscuro, mi pobrecito gato... ¡son todas patrañas de la gente, que es mala y comenta!

Y quede claro: si compro y compro escobas, se debe a que soy una verdadera Señora, que se preocupa por tener su casa limpia y brillante cual tacita de plata. ¿O qué se creían?



Como les venía diciendo, me encantan las brujas, que después de todo, son gente buenísima y amiga de hacer favores.

Por eso, cuando llegó a mis oídos que allá en Mendoza, más exactamente en Malargüe, hay una caverna maravillosa que le dicen “La Cueva de las Brujas”, no lo dudé ni un minuto: me monté..., digo, me tomé un avión ultrasónico, y ahí estuve, en un periquete, cosa de poder escribir este cuento.

No me aguanto y no me aguanto: ¡la que bajó de verdad a la Cueva de las Brujas, hace bastante tiempo—nadie había bajado todavía— fui yo, Graciela! ¡Les juro! (Yo y un grupo de espeleólogos.) Y lo digo porque dentro de muchos años, cuando sea viejísima y quiera contar mi maravillosa aventura—tan parecida a la de Camila y Pablo—, los jóvenes de la familia no me van a creer: “A ver si hacen callar a la abuela, que empezó de nuevo con el asunto de la cueva...”

